

Perdido

El 4 de febrero de 1994, hubo un rumoreo, que se extendió de finca en finca y de vereda en vereda, hasta recorrer toda la región. Según la gente, una mujer enloqueció, tomó a su pequeño hijo de cinco años, se internó con él en el bosque; y dicen que lo abandonó en lo profundo de la selva; varios días después, la mujer apareció, pero nunca pudo explicar la pérdida de su hijo.

Cinco años después, yo viviría en carne propia, el martirio de confirmar lo supuesto.

Era un miércoles en la tarde, cuatro amigos y yo, hablábamos en la casa de uno de ellos, pronto comenzó a oscurecerse y el manto negro de la noche, cubrió desde el cielo, hasta el último rincón de la manigua.

Nos entretuvimos tanto, que no nos percatamos de la llegada de la noche, debíamos volver a nuestras casas, y en las zonas rurales como esa, se debía recorrer varios kilómetros de vericuetos, por entre cultivos, matorrales y bosques para llegar a nuestro destino.

—Acompáñame —me dijo César.

—Pero es tarde, debo volver a mi casa —respondí.

—¡A ti te queda más cerca! Ambos bajamos, en cambio Luís y Gonzalo suben. Tú sabes que no puedo pasar solo por la Quebrada, porque se me aparece un jinete sin cabeza, que me persigue con su caballo negro.

Accedí a acompañarlo, cada uno se armó con una linterna y nos aventuramos al camino oscuro, que se perdía entre los matorrales, que como araña estiraban sus brazos verdes, para hacer un intrincado bosquecillo que estorbaba el paso.

Al cabo de varios minutos, pasamos por la trocha que conducía a mi casa, seguimos bajando, y tan solo unos pocos metros más abajo llegamos a la quebrada, esa a la que temía mi amigo; aunque en realidad no creíamos que un jinete sin cabeza se le aparecía en el camino, nosotros pensábamos que él, podía tener trastornos mentales, razón por la cual, tratábamos de acompañarlo y hacíamos que le creíamos, para que su estado no empeorara.

La Quebrada era una hondonada, por la que pasaba el camino. Después de bajar la cuesta, había un riachuelo, que se había represado por la caída de un árbol gigante, por lo que se formaba un pantano, que invadía no sólo el camino, sino también las marañas y los árboles vecinos, mientras el riachuelo, buscando seguir su recorrido, a favor de la pendiente, se dividía en decenas de hilos de agua, que se escurrían y se perdían entre el bosque.

Pasamos el riachuelo por encima de rocas, que sobresalían del agua, bordeamos el pantano por entre los árboles y salimos al otro lado. Desde ahí, ya alcanzábamos a ver las luces titilantes de la casa de César. Lo dejé que continuara solo y me devolví.

Entonces comencé a sentir miedo, pensaba en el jinete sin cabeza, en su caballo negro, en las palabras asustadas de mi amigo, y un bombardeo de imágenes llenó mi cabeza, la piel se me erizó, los ojos se me hicieron llorosos y las piernas se me paralizaron.

Caminé lento, pero alerta, alumbrando a veces al camino, a veces al bosque, que lucía lóbrego y sosegado; avancé, las hojas de los árboles eran mecidas por el viento, y se escuchaba el constante restallar del agua contra las rocas. Entonces, sentí que mi cabeza se fue haciendo grande y pesada, y un taco de saliva viscosa se atoró en mi garganta.

Escuché pasos, alumbré rápidamente a todos lados, pero todo estaba desolado; pensé que mi miedo jugaba con mi mente y continué el camino. En un momento pensé en devolverme, pero que podía pasar, en tan sólo un par de minutos estaría del otro lado. De pronto en medio del camino, la luz de mi linterna dio en la cara de un ser pequeño, que lloraba inconsolable, era un niño de rostro pálido como el de un cadáver, sus ojos hundidos entre sus párpados, y su cara carcomida por pequeños gusanos, que colgaban de su piel; su ropa era andrajosa y estaba descalzo.

Dio dos pasitos hacia mí con sus brazos extendidos, con su lloro lívido, con su cara de niño, y de su garganta sacó una vocecita que apenas pude escuchar. “Llévame a mi casa” “quiero ir a mi casa” dijo entre sollozos.

Lo miré aterrado, por unos segundos, todo mi cuerpo se paralizó y me quedé estático mientras mi mente confundida no sabía en que pensar. Me esforcé por decidir qué hacer, y luego se vino a mi memoria la historia del hijo de la loca, según la gente, ese niño divagaba en el bosque y de cuando en cuando se aparecía en los caminos, otros decían haber escuchado su llanto, escuchaban su voz acercándose, pero nunca nadie lo había visto.

Y ahí estaba en frente de mí, todo lánguido, pálido y vejado.

No supe más que correr, lo hice desesperado, y sin querer, me desvié del camino, me metí entre los árboles y poco a poco me profundicé en el bosque, siguiendo la luz de la linterna, que se movía incontrolable porque mi mano temblaba del miedo.

El llanto del niño comenzó a alejarse, después lo volví a escuchar, primero lejos, luego fue acercándose paulatinamente, luego lo sentí en mi espalda, sus gritos hacían eco por entre los árboles y, entonces, me vi encerrado por un muro de tallos, ramas y hojas, que parecían extender una telaraña, para evitar mi paso.

Me quedé quieto, vigilaba hacia todos lados a la vez que lloraba y clamaba.

Los gritos del infante, su lloro y sus pisadas sobre las crujientes hojas secas, se acercaron lentamente mientras yo, buscaba con los ojos un lugar para esconderme, pero era incapaz de pensar.

Lo vi salir de atrás de un matorral, caminó hasta la raíz de un gran árbol seco, que se elevaba con su ramaje descubierto y despojado de toda vida.

El niño miró a la tierra, gimió, se agachó y con su mano limpió la hojarasca que cubría el suelo, extendió su mano y me llamó: “ven”, “ven” repitió varias veces.

Yo, que aún no paraba de llorar, di inconscientemente, dos o tres pasos hacia él, ahí fue cuando pude ver un pequeño hueco y adentro unos huesos humanos, que parecían los de un niño, eran sus huesos, realmente lo eran.

—Tengo frío —me dijo—. Llévame a mi casa, quiero ir a mi casa.

Yo estaba tan aterrado que era incapaz de hablar, y comencé a retroceder mientras él seguía hablando.

—Tengo frío, tengo frío —repetía constantemente—. Llévame a mi casa, llévame a mi casa, tengo frío, tengo frío.

Yo atónito no dejaba de mirarlo.

—Llévame a mi casa, mi mamá se fue y me dejó ahí —dijo señalando los huesos—. Acompáñame que tengo frío.

Corrí sin saber a donde, sólo corría, por entre matorrales, chocaba con las ramas, caía, me levantaba y volvía a correr, ya todo estaba oscuro porque la linterna nunca supe donde la dejé.

Un grito fuerte se extendió por el follaje hasta estremecer hasta lo más profundo de la selva, y de nuevo escuché su llanto, y a cada segundo más y más cerca.

Traté de ubicarlo, pero su lloro provenía de todas partes, estaba en todas partes, me quedé parado; apareció, ésta vez enfurecido, chocaba sus dientes y casi deliraba de la ira. Y en un momento vi que corrió enloquecido, gritando que lo llevara a su casa que tenía frío. Corrí espantado, siguió mis pasos de cerca, se abalanzó hacia mí, se agarró de mi camisa y comenzó a jalarme, me detuve y traté de soltarme; fue una lucha intensa, aunque de pocos segundos, el tiraba frenético de mi camisa, y yo trataba de soltarme.

Entonces fue cuando sentí su frío, un frío intenso, más que el frío de un cadáver, más que el frío de la muerte, era como si el niño fuera todo un témpano de hielo, ahí, entendí su sufrimiento; vi de cerca su cara, una cara afable, roída por los gusanos y supe que había muerto de frío mientras los gusanos se lo comían vivo.

No aguanté más, y con un movimiento brusco me solté, y huí de él, no se por cuanto tiempo, sólo se que como antes, no dejé de escuchar sus gritos y sus sollozos, y no dejé de sentir su frío, como si lo llevara pegado a mi espalda.

Al cabo de un rato, encontré el camino, el mismo al que había buscado desde que todo empezó, escuché nuevamente el correr del agua, el mecido de las hojas y vi la luna resplandeciente, alumbrando lo que para mí había estado oscuro.

Crucé la quebrada, seguí la trocha que llevaba a mi casa, pero su voz no se había ido, seguía ahí, a mi lado, estaba en mí.

De pronto oí voces que coreaban mi nombre, voces de hombres y mujeres, que parecían buscarme con ahínco, porque no dejaban de llamarme; el llanto del niño comenzó a desvanecerse, hasta hacerse inaudible por completo. Al fin vi la luz de mi casa, y a decenas de hombres, que con antorchas me buscaban entre los cultivos, entre los matorrales y el bosque. Me acerqué, mi madre lloraba inconsolable.

—¡Mamá! —Grité mientras corría hacia ella.

—¡Luis! ¿Dónde estabas? Llevamos horas buscándote —dijo.

En realidad, nunca supe como pasó el tiempo, para mí, todo duró minutos, pero para ellos fueron horas, cuando volví a mi casa, iban a ser las dos de la madrugada, y yo había desaparecido desde las siete de la noche. Llevaba siete horas perdido entre la maleza, entre vericuetos, entre el misterio.

Al día siguiente, pude ver los estragos dejados en mi cuerpo; estaba herido, tenía los músculos magullados, los pies destrozados por tanto correr, mi cara estaba cortada como si me hubieran azotado con un látigo, mi ropa estaba desgarrada, al igual que mi piel, que lucía inflamada y herida por el castigo que me habían propinado las ramas, los bejucos y la maleza, que como anzuelos se quedaban con el pedazo; pero lo más aterrador, fueron las marcas del niño en mi espalda, había enterrado sus uñas en mi piel y su silueta se había quedado tatuada para siempre.

Hoy, tengo dieciocho años, han pasado cuatro años desde que todo ocurrió, y aún se pierden mis sacos, luego aparecen en la copa de un árbol o en la orilla del río; y, en las noches frías, escucho su llanto lívido y su voz exangüe, escucho cuando sube las escaleras de mi casa, cuando abre la puerta de mi habitación, oigo sus pasos al acercarse a mí, sus sollozos y su gemido desamparado, siento cuando sube a mi cama, cuando se acuesta a mi espalda, cuando jala la punta de mi sábana, y entonces..., siento frío, un frío intenso, insoportable, pero nunca..., he tenido el denuedo de mirarlo.